

Oliverio Girondo: espantatacombo, espantatatodo

Esther Ramón

APROVECHANDO LA AFORTUNADA PRESENCIA EN LIBRERÍAS DE DOS REEDICIONES DE LA POESÍA COMPLETA DEL GRAN POETA ARGENTINO OLIVERIO GIRONDO –EN LAS EDITORIALES RENACIMIENTO Y VISOR–, ESTHER RAMÓN REPASA LA BIOGRAFÍA DEL AUTOR DE *EN LA MASMÉDULA*, QUIEN HIZO DE SU VIDA SU MEJOR OBRA POÉTICA.

En la portada original del libro de poemas de Oliverio Girondo: *Espantapájaros (Al alcance de todos)*, un elegante espantapájaros con guantes, pipa y flamante gabán abotonado hace un ademán ambiguo con una de sus manos, que protege su cara de los cuervos que amenazadoramente se aproximan –lejos de ser espantados– o tal vez inicia el gesto de saludarlos cortésmente, a punto de levantar su sombrero de copa como si de señoritas de buen tono se trataran. Ese mismo espantapájaros fue reproducido en una campaña publicitaria sin precedentes en Argentina: tras una acalorada conversación con su tertulia habitual de amigos, Girondo apostó que agotaría rápidamente la edición de su libro gracias al poder de la publicidad. Para ello contrató un coche fúnebre tirado por caballos y acompañado de lacayos con librea, y metió dentro a un muñeco de grandes dimensiones, que reproducía a su aristocrático espantapájaros, y que se paseó por las calles más concurridas del Buenos Aires de la época, ante la mirada atónita de los viandantes. Al mismo tiempo, alquiló un piso en la Florida y contrató a exuberantes señoritas, llamativamente vestidas, cuyo

único cometido era vender el libro. En efecto, la edición completa (tres mil ejemplares) se agotó en pocos días.

Ese mismo espantapájaros guardó, durante muchos años, la puerta de la casa de Gironde y Norah Lange (binomio que Enrique Molina denominaba como «Noroliverio»), no se sabe si para espantar a los pajarracos indeseables, o para recibir adecuadamente a los amigos. Tal vez tan sólo ponía el acento —a su manera humorística, sutilmente grotesca— sobre el absurdo de un elemento creado a semejanza del hombre con el único fin de interponerse entre las aves y las semillas. Como reza el subtítulo del libro, cuánto mejor lo vulnerable, lo expuesto. «Al alcance de todos». En la actualidad, el Gran y Noble Espantapájaros girondeño se expone, en Buenos Aires, en un museo. Para que no se nos olvide.

Enrique Molina describe así la casa de Gironde, de puertas siempre abiertas para poetas, buenas conversaciones y amigos¹:

«Sintomáticamente, la inolvidable casa de Gironde, poblada de ídolos y telas, tapicerías de la lluvia, restos de naufragios y cultos desaparecidos, y en cuyas cavernas se alineaban huacos, alcatraces, objetos soñados, estremecidos de tanto en tanto por los trenes nocturnos de la vecina estación Retiro, que cruzaban a través de las paredes, casi rozando la jarra de piedra con agua para las ánimas colocada sobre una mesa, esa casa, digo, estaba presidida, aparte del Espantapájaros guardián apostado en la entrada, por una enorme imagen —pintada por él mismo—, de la Mujer Etérea en pleno vuelo.»

La obsesión de Gironde por el vuelo, su amor irreductible, de mirada hacia arriba, hacia la Mujer Pluma, La Mujer Etérea, queda patente en uno de sus más conocidos textos:

«No se me importa un pito que las mujeres tengan los senos como magnolias o como pasas de higo; un cutis de durazno o de papel de lija. Le doy una importancia igual a cero, al hecho de que amanezcan con un aliento insecticida (...) ¡pero eso sí! —y en eso soy irreductible— no les perdono, bajo ningún pre-

¹ Enrique Molina: «Prólogo» a Oliverio Gironde: *Persuasión de los días*. En *la másmédula* (Buenos Aires: Losada, 1956), pág. 12.

texto, que no sepan volar. Si no saben volar ¡pierden el tiempo las que pretendan seducirme!

Esa fue –y no otra– la razón de que me enamorase, tan locamente, de María Luisa. (...)

Desde el amanecer volaba del dormitorio a la cocina, volaba del comedor a la despensa. (...)

¡Con qué impaciencia yo esperaba que volviese, volando, de algún paseo por los alrededores!»

Aunque, del mismo modo, como es habitual en nuestro poeta, la ansiada verticalidad puede también cambiar de signo, como el humor puede enseguida trocarse en drama, y adquirir tintes de caída, como en el poema «Derrumbe», de *Persuasión de los días*:

«Me derrumbé,/ caía/ entre astillas y huesos,/ entre llantos de arena/ y aguaceros de vidrio,/ cuando oí/ que gritaban:/ «¡Abajo!»/ «¡Más abajo!»/ y seguía cayendo,/ dando vueltas/ y vueltas...»

Girondo, que vino al mundo un 17 de agosto de 1891 bajo el signo de Leo –aunque cuando se le preguntaba por su fecha de nacimiento siempre contestara: «los poetas no tienen edad»–, engrosa las filas, como Vicente Huidobro, de la ya tópica tradición de ovejas negras que adornan con sus excentricidades y ocurrencias las buenas familias: con antecesores vascos por vía paterna y cuya madre –de quien dijera «soy hijo de toda la literatura francesa»–, también de origen vasco, tenía entre sus antepasados al general Arenales, que se hiciera famoso por sustituir el pedazo de hueso que le habían volado de la cabeza de un balazo por un mate que le permitió seguir luchando durante años. Como cuenta su gran amigo Ramón Gómez de la Serna en sus *Retratos Contemporáneos*: «Desciende por sus padre de vascos de Mondragón –cuya casa blasonada cayó en los bombardeos de la última guerra civil– y por su madre, apellidada Uriburu y Arenales, de los conocidos próceres también vascos».

Su privilegiada posición social le permitió viajar por todo el mundo. Estudió en varios colegios de Europa: en el Epsom de

Londres –ciudad donde jura y perjura haber visto a Oscar Wilde paseándose con un girasol entre las manos, y si no lo hizo le debemos un hermosísimo ensueño– y en la Escuela «Albert le Grand» de Arcueil, en las inmediaciones de París, de la que fue expulsado al arrojar un tintero por la cabeza de un mal informado profesor de Geografía, que habló en su lección de los antropófagos que vivían en Buenos Aires, capital del Brasil.

Un pacto con sus padres, por el cual se compromete a terminar la carrera de Derecho si durante los veranos le financian sus viajes trasatlánticos, lleva al futuro poeta a establecer contacto con la vanguardia parisina, de la mano del poeta uruguayo-francés Jules Supervielle, que le introduce en las veladas surrealistas.

Será el comienzo de un largo periplo, cuyas impresiones quedarán fijadas en sus libros: Madrid, Sevilla, Portugal, Egipto, Italia, Río de Janeiro: «¡he vivido 567 días en el mar!», afirma en una ocasión. El mundo se le queda estrecho.

Su retina, por dentro y por fuera, se satura de imágenes, de escenas vividas o a medias soñadas: como aquella en la que el tren en que viaja arrolla a un suicida, y el poeta ve un humo rojizo que se eleva: la sangre del hombre muerto, mezclada con carbonilla, en ascenso gaseoso y vertical. Afirma también que en España viajó en diligencia junto a un cadáver, que era así trasladado hacia su sepultura. El año 1923, el mismo de la publicación de su libro *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*², lo dedica íntegramente a recorrer España. Viaja a Toledo, El Escorial, Madrid, Sevilla, Granada, Algeciras... Este viaje será el germen de su tercer libro: *Calcomanías*, que da título a la reciente edición de su obra completa en la editorial Renacimiento.

Irreverente, humorístico, crítico y siempre lúcido, sus impresiones de nuestro país quedan como las de un viajero implacablemente sumido en los más mínimos detalles, capaz de radiografiar malformaciones y cuerpos enjutos, además de suntuosas mandí-

² Como cuenta Aldo Pellegrini, «cuando Gómez de la Serna recibe un ejemplar toma el tranvía 8 de Madrid, que iba del Hipódromo a la Bombilla, se instala y comienza a leer. Cuando termina el recorrido aún no ha terminado; saca entonces un nuevo boleto «hasta el próximo poema».

bulas sonrientes. La Sevilla de la época, por ejemplo, le arranca los siguientes versos:

«Cada doscientos cuarenta y siete hombres,/ trescientos doce curas/ y doscientos noventa y tres soldados/ pasa una mujer».

Su visita a El Escorial nos deja su percepción del despojamiento, de la sobriedad extrema del lugar, que sobrecoge, aunque teñida siempre de ironía y de humor. El Escorial se encuentra presidido, para Girondo, por un monasterio «desnudo, anacorético,/ las ventanas idénticas entre sí,/ como la vida de sus monjes».

Así, sus versos nos muestran un punto de vista pegado de manera absoluta al acontecimiento, a la arquitectura, a las gentes que la transitan, y que al mismo tiempo –externo– las atraviesa transversalmente, con una aguja muy fina, casi imperceptible, que después nos muestra:

«Paradas en lo alto de las chimeneas,/ las cigüeñas meditan la responsabilidad/ de ser la única ornamentación del monasterio,/ mientras el viento que reza en las rendijas/ ahuyenta las tentaciones que amenazan/ entrar por el tejado».

Su irreverencia no encuentra impedimentos en lo religioso o en lo moral, todo es un enorme campo preparado para la siembra, una siembra que consiste en atar los matojos, los brotes entre sí, para que el poeta ejecute sus correspondencias, una los puntos sin importarle qué ampollas ha de levantar. De esta manera, ve –por ejemplo– la Semana Santa en España:

«Enjutos, enflaquecidos de insomnio y de impaciencia, los nazarenos pruébense el capirote cada cinco minutos, o llegan, acompañados de un amigo, a presentarle la virgen, como si fuera su querida»

Observador de los que se observan, no se le escapan los acontecimientos colaterales, las maneras, los ademanes, los usos y costumbres, que se encarga implacablemente de desmontar. La piedad religiosa muestra su cara de acontecimiento social («Frente a todos los espejos de la ciudad, las mujeres ensayan su mirada «Simith Wesson»; pues, como las vírgenes, sólo salen de casa esta semana, y si no cazan nada, seguirán siéndolo...») Las imágenes